

Reflexiones finales

LLM. Velia Govaere Vicarioli
Coordinadora OCEX-UNED

Amigos y amigas:

Quienes asistimos a la magistral presentación de la Dra. Lee Ji-Yeon debemos estar especialmente agradecidos por su franqueza desafiante. Gracias a ella, hemos conocido el estado de situación y las perspectivas de mejoramiento de la educación vocacional y entrenamiento técnico de Corea, pero más allá de eso, vemos con asombro la fortaleza coreana de tener una mirada crítica sobre su misma realidad que ya de por sí es admirable. Nos asombra, antes que nada, la ausencia de triunfalismos fáciles y la sincera discusión de sus brechas y desafíos. El paradigma del desarrollo actual de su política educativa enfrenta a la República de Corea con los estándares de calidad vocacional de los países más avanzados del mundo. Admiramos lo que Corea ha logrado, pero admiramos mucho más su visión de futuro.

La visión y perspectivas coreanas nos fueron presentadas con un nivel de detalle que nos cuesta aún comprender en toda su complejidad. Semejante tarea, además de provocar en nosotros la acostumbrada admiración que tenemos por la audacia coreana y su capacidad de orientarse hacia el futuro, nos obliga, a su vez, a medir las distancias que nos separan de esa política visionaria, tanto por el estado de situación educativa de nuestra juventud, como por los niveles de empleo técnico y las brechas existentes en nuestros sistemas educativos.

Evidentemente, la exposición de la Dra. Lee Ji-Yeon concluye con sugerencias relevantes para Costa Rica y nosotros necesitamos tener la franqueza y la humildad de saber desde donde partimos, la capacidad de asumir como lo hace Corea un consenso nacional más allá de intereses corporativos y políticos, y un sentido básico de urgencia para emprender los cambios que requerimos.

En Costa Rica, casi la totalidad de los jóvenes superan desde hace mucho tiempo la educación primaria. Pero, en secundaria, se quedaron y se siguen quedando fuera del sistema educativo entre un 72% y un 65% de todas las cohortes de estudiantes ingresados al sistema escolar, en los últimos 12 años. Es decir, el país apenas cuenta entre el 28% y el 35% de una juventud medianamente competitiva.

De esa población, que sigue enrolada en la educación formal, tiene acceso a estudios técnicos apenas 90 mil estudiantes, es decir menos del 10% de la población estudiantil. Esa es nuestra línea de base. La competitividad nacional está castigada por una deserción escolar secundaria enorme y tiene una oferta educativa técnica insuficiente.

Se están haciendo esfuerzos en esa materia, pero hay que profundizarlos. En todo caso, nuestras tareas de educación vocacional y técnica pasan no sólo por entrenar de forma apropiada a quienes siguen matriculados en el sistema educativo, combatiendo la deserción escolar, sino también por atender las necesidades vocacionales de mejoramiento de la empleabilidad de la población adulta y juvenil que está fuera de las aulas.

El INA, entre tanto, sigue teniendo obstáculos para el ingreso y la formación de técnicos sin estudios secundarios y no tiene programas específicos de capacitación técnica para los adultos de por viejas cohortes que quedaron fuera del sistema y que componen la mayoría de la población desempleada.

Por otra parte, si nos referimos a quienes gozan de educación vocacional formal, la relación de formación técnica versus servicios en el INA es de 1 a 3, donde del total de sus 32 mil graduados, sólo 9 mil son del área técnica. Eso crea una brecha adicional que aumenta la juventud educada en áreas de menor demanda laboral, desatendiendo a la industria.

La educación técnica y universitaria no incluye el desarrollo de todas las competencias requeridas por el sector productivo. En general, no existe alineamiento entre las necesidades de capacitación de los empresarios y los currículos ofrecidos por las casas de enseñanza. Como resultado, los sectores más dinámicos de la economía costarricense tienen una creciente dificultad en

encontrar el recurso humano calificado que requieren. Por otra parte muchas empresas advierten que existe rigidez en el sistema laboral, para introducir con éxito reformas como la educación dual, que contemple pasantías en las empresas, como componente de la formación profesional.

Por otra parte, llama la atención la directriz coreana de pasar de ser una sociedad basada en la formación educativa académica a ser una sociedad que quiere basar su educación en el desarrollo de competencias. Destacan en esta visión tanto la flexibilidad de los centros formativos en decidir y modificar sus currículos, en alineamiento con la demanda empresarial, inclusive local, de su aparato productivo, como por otra parte el mayor protagonismo de la industria en los procesos tanto de diseño curricular, como de evaluación de centros educativos, de docentes y de estudiantes.

Esa integración que se busca, entre lo educativo y lo productivo, donde hasta el personal docente y directivo de los centros educativos busca alimentarse de la experiencia empresarial, es un ejemplo luminoso para nosotros, que aún estamos lidiando con apenas los primeros pasos de una educación dual que no termina de despegar.

De sobra estamos conscientes que en Costa Rica la educación y la producción coexisten como departamentos estancos y desconectados. Entre empresas y casas de enseñanza no existe adecuación, ni siquiera a posteriori. Se gradúan en unos sectores más de lo que el mercado laboral demanda y, en otros, menos de los profesionales requeridos.

Frente a ese panorama, se hace más relevante la ausencia de una estrategia nacional de convergencia y la carencia de una instancia capaz de coordinar a las diferentes instituciones relacionadas con los temas educativos y laborales, alineando oferta educativa con demanda laboral, en un entorno de confianza y respeto entre los actores.

De ahí que es particularmente asombroso el protagonismo de dirección educativa vocacional que tiene el Ministerio de Trabajo en Corea. Costa Rica ha medianamente comprendido esta necesidad, cuando vemos las alianzas establecidas entre este ministerio, municipalidades y el INA, en programas

limitados, como EMPLEATE, que sería deseable que, al menos, fueran fortalecidos por la nueva administración.

Ahora bien, no existe posibilidad real de mejoramiento de la formación técnica sin mejoramiento de la calidad de los docentes, en particular de la introducción de sistemas de certificación y de evaluación de competencias.

Vemos, con admiración, cómo Corea comparte la evaluación del personal docente y de las graduaciones de estudiantes con el sector productivo. Sin esa visión de comunidad de intereses entre dirección educativa, empleados y empleadores, difícilmente habrá un proceso continuo de adecuación formativa vocacional, estandarizada, del personal docente.

La adecuación de la educación vocacional no puede existir al margen de la legislación laboral. Nuestro marco jurídico se desarrolló en un contexto histórico diferente al actual. Mucha agua ha corrido debajo de nuestros puentes desde los años 40 del siglo pasado, pero nuestro código laboral sigue anclado en aquellas realidades.

En la situación actual, la competitividad de las empresas requiere que la producción tenga actividad las 24 horas al día, los 365 días del año. Por ello el entorno jurídico laboral debe adaptarse para asegurar la continuidad de los procesos, sin menoscabo de los costos.

Esta flexibilidad ha sido solicitada por el sector productivo pero se enfrenta a una oposición que no toma en cuenta los aspectos competitivos que necesita el país. Por otra parte, el Código de trabajo no establece la posibilidad de trabajo de practicantes en las empresas, sistema que ha sido muy exitoso en otros países, como por ejemplo el Sistema de Formación Dual de Alemania, implementado con gran éxito en Colombia y que la presentación de la Dra. Lee nos plantea de actualidad apremiante en Corea.

¿De qué estamos hablando aquí?

Se los diré con franqueza: hablamos de una utopía, pero de una utopía, además de necesaria, dichosamente posible.

Los diagnósticos sobran, lo que hace falta es voluntad de cambio y capacidad de alcanzar consensos. Lo único que necesitamos es esa capacidad coreana de creer en nosotros mismos y no pensar que nuestro mérito está en ser eternos disidentes frente a todo, sino en una vocación de aprendizaje basada en las mejores prácticas, aquellas que están más allá de ideologías.

Quiero ser positiva y también atreverme a pensar que somos capaces de ir más allá de nuestros propios prejuicios. Corea nos muestra un país que comprende cómo visiones sociales incorrectas pueden ser modificadas con políticas públicas que las comprendan.

Costa Rica tiene un imaginario colectivo que coloca a la educación en el centro de sus prioridades. Corea también. Tenemos eso en común. Nos falta reposicionar esa visión colectiva como primera prioridad nacional.

Muchas Gracias.